

El oficial dirigiéndose á un grupo de soldados que reconocí ser de *Supremos Poderes*, dijo:

—Desármelo.

Me desarmaron en medio de un círculo de bayonetas.

Ya puedo comprender. La Cruz ha caído en poder del enemigo y soy prisionero. Juan, grité á mi criado, dí al Emperador que se salve.....



CAPITULO XLIV

CAIDA DEL IMPERIO

EL Dr. Basch ya no escribió diario, lo que escribió en sus *Souvenirs* publicados en Paris en 1889 fueron muchos insultos y muchos desahogos contra los mexicanos.

El memorandum que escribió el coronel Dominguez, termina así:

Mayo 15 de 1867.

Son las tres de la tarde, tengo una pieza amplia en mi cuartel, estoy yo solo cerca de un buen lecho que me convida al descanso y sin embargo conozco que no podré dormir: es muy grande la fatiga que experimento, pero es más fuerte la excitación y mi deseo de trasladar al papel mis impresiones. Estas serán las últimas líneas que escriba referentes al sitio de Querétaro.

El general en jefe estuvo sobre el caballo todo el resto de la noche hasta por la mañana y yo lo mismo, corriendo para aquí y para allá á transmitir sus órdenes una vez que fueron pocos, para comunicar

las que dió, todos los oficiales de su Estado Mayor, que pasan de veinte. Bien es cierto que hay unos ocho por lo menos completamente inútiles.

¡Qué diferentes emociones he estado experimentando toda la noche y más aún desde que pude vencerme de que se estaba jugando un gran albur con la entrada de Supremos Poderes al convento de la Cruz. Yo estaba allí á veinte pasos de distancia y no he oído ni un ¡alto ahí! de alguno de los centinelas enemigos ni observado que se le haya tenido que dar muerte á nadie. Nuestras tropas han entrado como á su casa, sin hacer ni un sólo disparo. . . . ¿ha sido pues, entregado el punto? En mi concepto sí: aquel hombre rubio, que después he sabido se llama el coronel Miguel López, es quien ha abierto las puertas de la ciudad de Querétaro á nuestro general en jefe; pero ¿bajo cuáles condiciones? Un paso de tanta trascendencia como ese no se da gratis: entonces ese hombre ha vendido á su emperador y á todos los generales sus jefes, puesto que todos han caído prisioneros.

Cuando entró Vélez primero al convento de la Cruz y tras él continuaron entrando otras fuerzas sin que nadie les marcara el alto, yo estaba al lado del general en jefe y lo he visto terriblemente emocionado: aun me parecía que su voz no era la misma sino que le temblaba algo al preguntar á los que estábamos cerca:

—¿No han oído ustedes ningún tiro? . . .

—No, ninguno: parece que todos están durmiendo.

—Entonces es posible que la sorpresa sea completa.

Sin poder contenerse más, mandó á Lozano con instrucciones de que le trajera pronto noticias.

Levantamos la cabeza y vimos aparecer una ténue claridad en el Oriente.

—Ya va á amanecer, señores, nos dijo entonces el general, y es preciso que cada uno de nosotros nos encontremos en nuestros puntos. Yo estaré en el Cuartel General para todo lo que se ofrezca.

Y puso su caballo al trote, encargando á los oficiales que cogieran las armas en la mano para que hicieran el menor ruido posible.

Yo me quedé como clavado en el mismo sitio atrás de nuestras primeras trincheras que dan frente al convento de la Cruz. A poco oí un lejano rumor, como de mucha gente á caballo corriendo por sobre los empedrados.

—Son los cuerpos de caballería imperialistas que huyen ó que van á tomar posiciones, me dije: probablemente á esta hora ya debe haberse difundido la alarma entre los sitiados.

Casi al mismo tiempo se oyeron tiroteos en el otro extremo y principalmente por el rumbo del Cerro de las Campanas.

Comenzó á amanecer y me dirigí allí. En efecto: estaban en el Cerro reconcentradas algunas tropas y se defendían flojamente contra poderosas columnas de republicanos que tenían la posición completamente cercada.

Descubro á poco al general Corona con todo su Estado Mayor. Ahora recuerdo que yo mismo le llevé la orden de que rodeara con abundantes tropas aquella posición. Mi cuerpo, como el de *Supremos*

Poderes, en todo el sitio estuvo, ahora también, de reserva, y como siempre le tocó terminar la refriega. El único que no ha salido herido soy yo, su jefe. El teniente coronel Ramón Díaz está en el hospital. También el capitán Morales, muy contento de seguir siendo capitán, se encuentra en la misma sala, sólo que ya está convaleciente. Los he ido á ver y nos hemos comunicado nuestras impresiones sobre lo que acaba de pasar.

Pero vamos por orden. . . . Estoy tan escitado que no tengo cabeza para ordenar mis ideas: todo se me agolpa y quiero escribirlo al mismo tiempo.

Terminada mi hora de jefe de día y cumpliendo con las órdenes recibidas del jefe de mi brigada, fuí á buscar mi cuerpo que venía avanzando sobre el Cerro de las Campanas. Hacía poco que empezaba á haber luz, aún no salía el sol, pero se podía distinguir bien que de la plaza al Cerro subía un cordón de gente á pie y á caballo, que iban probablemente á buscar allí un último refugio. Se nos dispararon algunos cañonazos, pero se observa, se puede comprender bien que no hay cabeza, que no hay organización, que no hay plan de defensa, ni vivos deseos de defenderse tampoco.

Desde hace media hora se están repicando las campanas de varias iglesias de la ciudad por los republicanos, lo cual hace suponer que ya están posesionados de los edificios principales. Esto nos dice al menos un oficial que pasa á caballo á toda prisa llevando órdenes de alguno de los jefes principales.

Mucho nos extraña á todos los que estamos al pié del Cerro que no se nos ordene el asalto antes de

que los imperialistas se repongan de la sorpresa é intenten abrirse paso, y más, cuando de todos lados se dirigen los cañones sobre esa posición desmantelada, que apenas se atreve á contestar con algunos tiros aislados. Sale el sol y ya con su luz esplendorosa puede verse mejor el Cerro de las Campanas: hay allí muchos hombres á caballo y muchos pelotones de gente que se mueven de un lado al otro como personas que no saben qué hacer ni á qué resolverse. Siguen llegando oficiales á pie y á caballo de la ciudad. Hay allí un grupo en el que debe encontrarse Maximiliano, pues que brillan mucho las espadas y los uniformes. De allí mismo se desprende uno montado á caballo y empuñando una bandera blanca. Se dirige con ella por el otro lado para la ciudad.

Continúan los fuegos de todas las posiciones: aún los cañones de la plaza han sido ronceados y hacen fuego sobre las Campanas. Aparecen en las trincheras algunas banderolas blancas: las banderas se multiplican y los fuegos van cesando poco á poco. Ya era tiempo: el enemigo se ha declarado vencido hace rato y es una inhumanidad estarlo asesinando.

Bajan del Cerro varios grupos de personas que traen por delante una bandera blanca. Como por telégrafo nos llega la noticia de boca en boca de que Maximiliano busca al general en jefe para entregarse prisionero con todos sus generales.

Aparece Corona seguido de todo su Estado Mayor y va á su encuentro luego que le dicen que allí viene el jefe de los sitiados.

Se encuentran, se saludan, ignoro lo que trataron;

pero después de una media hora todos juntos se encaminaron para la garita.

Son las diez de la mañana, se habían olvidado de nosotros: nos mandan retirarnos. En marcha recibo la orden de entrar á la plaza con mi batallón: todas las demás fuerzas excepto Supremos Poderes, Rifleros del Norte y tres cuerpos más de la frontera destinados á ocupar la plaza, continúan en sus mismas líneas.

Las calles de Querétaro presentan un aspecto lamentable. ¡Cuántas basuras á montones por todos lados, cuantos caballos muertos, cuántas huellas, de los proyectiles en los muros de las casas: casi no hay ninguna de estas que no tenga los vidrios rotos. Sobre todo lo que parte el alma es ver ese enjambre de chiquillos, de mujeres despedazadas y de viejos macilentos muriéndose de hambre. En las cárceles había muchos particulares presos porque no daban dinero y una de las primeras medidas ha sido dar libertad á todas esas víctimas. Se asoman muchas cabezas á las ventanas y balcones: sonrien con alegría porque ven su salvación en la terminación de la guerra; pero todos los semblantes están pálidos, parece una ciudad habitada por muertos que acaban de resucitar. La mayor parte de los habitantes salen por las garitas en busca de víveres. Los que los tenían escondidos en la plaza los sacan y los ponen á la venta realizando en pocas horas mucho dinero.

Después que almuerzo y dejo arreglado todo lo relativo á mi batallón, voy á ver á mis amigos heridos en el hospital: Morales que está ya casi bueno, está sentado cerca de Ramón Díaz.

—Al fin, me dicen, vamos á saber la verdad de lo que ha pasado.

Les conté todo lo que yo había visto y oído.

—¡Demontre! exclamó Morales, eso de que se haya ocupado el convento de la Cruz sin tirar un tiro, es de llamar la atención.

—Seguramente fué entregado el punto, dijo Díaz con aire serio.

—¿A qué horas fué la entrada? me preguntó Morales.

—Después de las doce de la noche: entiendo que sería á la una de la mañana.

—A esas horas no se espone una fuerza para que entre en un punto fuerte donde puede ser fácilmente despedazada.

—Yo he dicho á ustedes todo lo que ví y supe.

—Si, si: parece que el coronel Miguel López fué el traidor.

—Al menos todas las apariencias lo condenan.

—¿Y qué dicen los demás compañeros?

—No hay ni uno solo que no diga que el punto nos fué entregado por ese individuo. Y yo les repite á ustedes que lo ví á las once de la noche hablando con el general Escobedo.

—¿Pero no ha de haber recibido dinero?

—¡Psé! Eso solo ellos lo saben, aunque Escobedo no tenía antes ni la menor idea de que pudiera venir á entregarse la plaza en la misma noche.

—Que hubiera caído en nuestro poder tarde ó temprano, era infalible.

—¡Quién sabe! Tal vez en una de sus salidas vigorosas hubieran podido largársenos.

—Ya no: desaprovecharon el tiempo bueno. Si despues del 27, el 28 hacen una salida con todas sus fuerzas, hubieran logrado tal vez derrotarnos ó cuando menos irse con la mayor parte de sus elementos.

—No cabe duda en que ellos tienen generales más inteligentes.

—Pero con nosotros está la opinión.

Seguió nuestra conversacion muy animada y venimos á convenir en que como quiera que fuese el asunto estaba terminado, esto es, había caido el trono efímero de Maximiliano y sobre sus ruinas iba á levantarse muy pronto triunfante y esplendorosa la República.

Trabajo me costó conseguir que mis enfermos no salieran antes de que fuesen dados de alta, pues estaban ansiosos de ver las fortificaciones de Querétaro antes de que fueran destruidas, de conocer á Maximiliano y sus principales generales y de encontrarse en una población despues de tanto tiempo de puro campo raso.

Ya cuando me despedía, Ramón me dijo:

—¿No has tenido noticias de la familia Cisneros?

—Ningunas, y les aseguro que mi principal deseo es marchar á México. Si mi cuerpo no es de los que marchan á reforzar al general Diaz que está sitiando la capital, pido mi baja aquí para irme á presentar con él aunque sea de soldado.

—¿Y para qué?

—Porque quiero estar cerca de esa familia para serle útil en algo y porque de seguro me han de dar alguna noticia de Aurora.

Yo recuerdo que lo último que me dijo Pérez fué

que ya la estaban esperando. Es muy posible que esté al lado de su familia.

—Pero no te irás sin nosotros, dijo Morales queriendo apuntarle una lágrima en los ojos.

—Por supuesto que no, le dije abrazándolo: el día que me resuelva á irme es porque nos hemos de ir los tres juntos. Esa sería la condición para separarme de este ejército, pero eso sí, ardo en deseos de que sea pronto.

—¿Y vas á continuar por fin la carrera militar?

—De ninguna manera, le contesté á Diaz que me hizo la pregunta: tu sabes que no soy soldado, como tu, sino de ocasión.

—El que tiene que seguir de capitán hasta que se muera es Morales.

—Sí, porque el día que ya no me llamasen capitán creería que era otra persona. Tan acostumbrado estoy así en cinco años á que me llamen siempre capitán.

—Voy á recomendarlos con el jefe del cuerpo médico que es muy amigo mio para que me los ponga muy pronto buenos, les dije estrechándoles la mano.

—Yo saldré dentro de dos días, dijo Morales.

—Y yo dentro de cinco á lo mas, según me aseguró el practicante, agregó Diaz.

—Pues siendo así antes de ocho dias le habremos vuelto la espalda á Querétaro.

Regresé y aquí estoy en mi cuarto. He escrito lo suficiente, mi inquietud ha descansado, ya podré dormir, ya siento que el sueño me vence. En fin, aquí concluyo, y que ese lecho sea como un brindis: por la caída del imperio. ¡Adios imperialistas! ¡adios trono! ¡adios farsa!